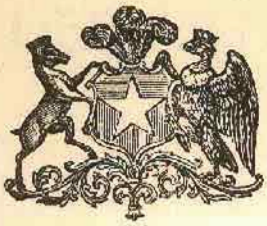

BIBLIOTECA DE ESCRITORES
DE CHILE

Cuadro Histórico de La Producción Intelectual de Chile

POR

JORGE HUNEEUS GANA

Ex-Diputado al Congreso Nacional, ex-Ministro de Estado en los Departamentos de Justicia é Instrucción Pública, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile en Bélgica y Holanda, Presidente del Consejo Superior de Letras y Bellas Artes, Miembro de la Comisión Permanente de la Biblioteca de Escritores de Chile

Publícase este trabajo como Introducción á la Biblioteca de Escritores de Chile por acuerdo de fecha 19 de Diciembre de 1908 de la Comisión Permanente encargada de formar y publicar la Biblioteca de Escritores de Chile

PRIMERA PARTE

ERA COLONIAL

ERA COLONIAL

SUMARIO: Capítulo I. El Medio Colonial.—Capítulo II. La Poesía Colonial.—Capítulo III. La Historia durante la Colonia.—Capítulo IV. La Teología en la Colonia.—Capítulo V. Pobreza de los demás géneros literarios. Recuerdo de los principales latinistas, filólogos, jurisconsultos, oradores y narradores de viajes y aventuras.

CAPITULO PRIMERO

—

EL MEDIO COLONIAL

SUMARIO.—I. Introducción.—II. Estado de la raza indígena de Chile: su nulidad intelectual histórica.—III. Principales caracteres y circunstancias intelectuales de la Colonia.—IV. Elementos intelectuales de la Colonia; colegios, instrucción, libros. — — — — — — —

I

Introducción

Para hablar de la producción intelectual de Chile, es menester salvar de un sólo paso toda la extensa y vaga penumbra de tiempos casi prehistóricos que preceden á la conquista de nuestro territorio por los españoles y á las inmortales proezas de Almagro y de Valdivia, de Caupolicán y de Lautaro. Por producción intelectual de Chile no puede, pues, entenderse sino la manifestación en lengua española alcanzada por el pensamiento en esta privilegiada faja de tierra que se extiende entre las dos inmensidades de las nieves andinas y del Océano Pacífico.

II

Estado de la raza indígena de Chile; su nulidad intelectual histórica

No significa esto que la atrasadísima civilización indígena araucana no tuviera también, como todas las más inferiores de su especie, algunas ligeras manifestaciones intelectuales: sino que, como el arte de escribir era ignorado de los primitivos habitantes de Chile, es evidente que no puede entrar dicha raza en una historia del pensamiento chileno y de su manifestación escrita, única perdurable y al alcance del historiador.

La lengua araucana, dice el célebre jesuíta Miguel de Olivares, «es cortada al talle de su genio arrogante, es de más armonía que copia, porque cada cosa tiene regularmente un sólo nombre y cada acción un sólo verbo con que significarse. Con todo eso, por usar de voces de muchas sílabas, sale el lenguaje sonoro y armonioso (1)». Esta condición de particular armonía del idioma, es la única circunstancia que ha inducido á los indígenas de Chile á ensayar algún rudimento de ligerísimas manifestaciones intelectuales, que han sido forzosamante orales, dado el referido desconocimiento de la escritura.

Por eso el observador que estudia las costumbres y la historia araucanas se encuentra á veces sorprendido por

(1) Vid. «Historia Civil» pág. 46.

piezas poéticas en verso, que entre los indios se han compuesto y se componen siempre oral é improvisadamente en las solemnidades de entierros, festividades, etc., y por discursos oratorios que son pronunciados por los guerreros y los caudillos de tribus á las puertas de la ruca, en los parlamentos populares, en las vísperas de los combates ó en los actos más importantes de aquella rudimentaria vida pública. Aquellas piezas y estos discursos, únicas manifestaciones intelectuales que ha producido la raza araucana, carecen de verdadero mérito, bien que la excepcional armonía y la natural espontaneidad y riqueza figurativa de la lengua, producen á veces rasgos aislados de cierta belleza literaria selvática y virginal, donde se reflejan en cierto modo las heroicidades épicas de aquella raza y la riqueza estupenda de la vegetación natural del fértil suelo de la Araucanía. Poco á poco van desapareciendo también, junto con la raza, esas manifestaciones, á cuyo conocimiento ha podido llegar el historiador civilizado, sólo merced á las leyendas y los cantos populares que tradicionalmente van trasmitiéndose y transformándose de generación en generación.

Preciso se hace, pues, para hablar de letras en Chile, atravesar de prisa esa penumbrosa selva material é intelectual de la historia araucana, llegar á las primeras hazañas de la conquista española, dejar atrás también esa primera época de crudos afanes en que sólo trabajaron la espada española y las flechas indígenas, y tener presente, al llegar á este punto, las ligeras influencias que el choque de las dos lenguas castellana y araucana ejerció en la española, salpicándola graciosamente de los mil modismos, nombres é idiotismos que hasta ahora conserva entre nosotros.

III

Principales caracteres y circunstancias intelectuales de la Colonia.

Todos los historiadores de Chile parecen hallarse de acuerdo en que nuestra patria fué la colonia española más atrasada, bajo el punto de vista intelectual, durante el largo período de la dominación española. La misma circunstancia de las grandes y no igualadas dificultades que en los naturales de Chile encontraron los conquistadores, el heroísmo proverbial y el espíritu de indomable independencia que tan altamente ha caracterizado hasta ahora á la raza indígena de nuestra patria, son sin duda causas históricas poderosas que explican suficientemente la reconocida pobreza de la vida intelectual de la colonia chilena, sin que para ello deba recurrirse á la sofística y antojadiza doctrina de la influencia de nuestro suelo y clima, á que recurrió antaño el famoso publicista inglés Cornelio de Pauw, que en sus célebres y ya olvidadas *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* quiso desacreditar políticamente las colonias españolas, sosteniendo que algunos climas de éstos determinaban inferioridad y pobreza física en sus habitantes.

En efecto, los memorables trabajos de la conquista, primero, la constante y épica lucha con los araucanos, en seguida, las discordias civiles intestinas, inevitables en toda

organización política nueva, después; y por fin, y principalmente, el régimen despótico y frailesco implantado por Felipe II en sus colonias y la gran distancia á que éstas se hallaban de Europa, el atraso de la geografía y las consiguientes dificultades de comunicación, añadidas á la titánica lucha de la independencia, son causas históricas que ante el criterio más severo justificarían plenamente en Chile una esterilidad intelectual absoluta hasta el año de gracia de 1818 de nuestro siglo, en que la bandera española abatió definitivamente para nosotros sus orgullosos y valientes pliegues.

Sin embargo, es honroso encontrar aún en medio de las apuntadas circunstancias de la Colonia, y entre el humo de tantos combates, entre el ruido de tan grandes discordias, y entre la atmósfera pesada y esterilizadora de tanto afán de oro, de tanto incienso místico y de tantas prácticas y preocupaciones religiosas; entre la alarma supersticiosa que en las ideas de la época producían los frecuentes desastres militares y los numerosos terremotos, inundaciones y cataclismos geológicos que se produjeron en la vida de la Colonia; es honroso, digo, encontrar de cuando en cuando entre todo eso uno que otro débil resplandor literario y un reducido puñado de hombres avanzados para su tiempo y sin medio ambiente, que depositaron algún tributo literario en el pobre y austero altar intelectual de la Colonia.

Recordemos á la ligera las principales circunstancias que rodeaban la atmósfera social de aquella época, y así podremos después apreciar más justamente aquellos nombres que merezcan alguna rememoración histórica ó crítica.

Pasado el primer fragor de la gran lucha, principia el largo período de la vida colonial del verdadero pueblo nuevo que entonces comenzó lentamente á formarse bajo la noble pero rancia tutela española de aquellos tiempos.

La pesada historia de esta soñolienta época, ha sido ya patriótica, admirable y completamente estudiada por investigadores tan ilustres y concienzudos como Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna y José Toribio Medina. A este último le es particularmente deudora nuestra historia de las mejores, más ordenadas y más concienzudas investigaciones que hasta hoy se han escrito acerca de la *Literatura Colonial de Chile* (1).

Y al llegar á este punto, y como una natural explicación de la rapidez con que vamos á pasar sobre todo ese vasto período, séanos permitido recordar las magistrales palabras del ilustre poeta, publicista y orador don Domingo Arteaga Alemparte, el cual, á propósito de la prolijidad investigadora de la época colonial, dice estas elocuentes palabras: «La cronología tiene muy poca ó ninguna importancia en la historia del coloniaje, en que un día, un mes, un año, son iguales á todos los demás días, meses, años; en que el tiempo se desliza por entre una aglomeración de nombres inertes y silenciosos, como la corriente de un río por un lecho de piedras y guijarros; en que la existencia humana privada de su iniciativa, de su voluntad inteligente, de sus nobles entusiasmos, de sus vicisitudes gloriosas, degenera en una especie de vegetación humana» (2).

Hablaremos pues de este período lo más lacónicamente que nos sea posible, no sin prevenir antes como observación general, la que ha hecho ya el señor Medina en la interesante Introducción de su citado libro, á saber: que á la mayor parte de las obras escritas durante la Colonia no se las puede juzgar como manifestación espontánea del ingenio ó del estudio chilenos, pues las más de ellas fueron escritas, ó

---

(1) Vid. «Historia de la Literatura Colonial de Chile», por José Toribio Medina, 3 vols. en 4.º, Santiago, Imprenta del Mercurio, 1878.
(2) «Revista de Santiago», tomo II, pág. 286.

por orden de los reyes, gobernadores ó confesores, ó como las *Cartas* de Pedro de Valdivia y los trabajos de Suárez de Figueroa, Alonso de Ovalle, Tesillo, Carvallo, Goyeneche, con objeto político determinado de historiar las campañas militares ó las administraciones civiles en un sentido particular y vindicatorio, que por eso resulta casi siempre parcial, apasionado y algo memorialístico. Las mismas obras poéticas carecen de la frescura y originalidad que nacen sólo de la espontaneidad para producir, pues todas ellas, inclusive los poemas del célebre Oña, son imitaciones del ilustre Ercilla, destinadas más á enmendar sus relaciones y juicios que á emular su justa y gloriosa fama.

No esperemos, pues, en todo este período hallar la originalidad, propia sólo de la espontaneidad de la producción, y perdonemos también este general defecto de aquella producción chilena, recordando algunas de las grandes trabas que encontraba aquí la libertad misma del pensamiento, cuanto más la fuerza y frescura de su manifestación.

IV

Elementos intelectuales de la Colonia; colegios, instrucción, libros

Puede decirse que hasta fines del siglo XVI no hubo en Chile colegios. Uno que otro ensayo de escuela había fracasado, y sólo la prepotencia adquirida por los jesuítas y la rivalidad que éstos despertaron en la orden de los dominicanos, hicieron que mucho más tarde se normalizara con cierta regularidad la enseñanza, en manos siempre de frailes, llegando en 1625 á establecer los primeros su famoso *Convictorio*, anexo á la casa central de Santiago, con algunas sucursales en las provincias, y que fué el establecimiento más importante de educación durante siglo y medio. Los religiosos mercedarios y los agustinos también fundaron algunas escuelas de teología y gramática latina, bases únicas de la enseñanza de entonces; pero los establecimientos de los jesuítas y de los dominicanos llegaron á obtener del Papa el título de *Universidades Pontificias*.

Conocidas como son de todos las naturales tendencias que estas órdenes religiosas, particularmente la de los jesuítas, tuvieron siempre de abatir el vuelo de águila de la razón con las disciplinas dogmáticas de la fe, es fácil comprender que si la enseñanza que éstos daban en los primeros siglos de la conquista pudo ser buena y verdadera,

dado el atraso universal de los estudios de entonces, debió quedarse muy á la zaga más tarde, cuando los estudios europeos levantaron un poco la cabeza y cuando las grandes revoluciones de Inglaterra primero, y de Francia al fin, cortaron con mano firme y para siempre las cadenas de todos los despotismos, sacudiendo el rancio polvo de los dogmas antiguos en las cabezas cortadas de Carlos I y de Luis XVI.

Entonces la enseñanza de los religiosos, que al principio fué justa y salvadora, hubo de rezagarse, y entró á pelear del lado de la reacción la ruda batalla en que sólo ahora acaban de vencer la razón y el progreso.

Las Cortes de Toledo habían dictado en 1480 una generosa ley en que se mandaba librar de todo género de impuestos y derechos la circulación de libros en las posesiones españolas; útil medida que, no bien comenzaba á fructificar, fué sacrificada con el establecimiento de la Inquisición y el dominio del clero que, principiando á temer por sus altas prerrogativas políticas, derogó pronto esa ley, estableció la censura y llegó á veces hasta prohibir la exportación ó importación de libros sin permisos especiales.

Esta falta de circulación de los libros produjo en las colonias de España todo el oscuro resultado de ignorancia que se habían propuesto con ella esos grandes inquisidores políticos de la inteligencia y de la libertad humanas que se llaman Felipe II, Carlos II el Hechizado y Fernando VII, tres grandes sombras, aunque de distintos tamaños, del trono secular de la vieja España. De ahí que en Chile no hubo ni siquiera una imprenta hasta principios de la revolución de la Independencia. Este sólo hecho dará idea cabal de todas las dificultades y trabas que la producción y publicación de obras nuevas debieron de encontrar en aquellos siglos.

La prohibición y las dificultades rigurosas impuestas en las colonias á la circulación de libros de materias profanas y fabulosas y de historias fingidas, ó sea novelas, acabó de impedir hasta un mediano florecimiento de los géneros ligeros de la poesía, la novela y, principalmente, el teatro, (1) de cuyo silencioso atraso y cuya vergonzosa pobreza hemos tenido que resentirnos, aún hasta ahora, á causa, sin duda, de que las censuras y prohibiciones establecidas permanentemente contra el teatro durante la Colonia, han concluído por incorporar entre los hábitos nacionales propios del país el de la falta de gusto por el teatro dramático.

Por esta razón, y la antes apuntada, de los mandatos superiores y las miras políticas ó personales interesadas en escribir la historia en ésta ó aquélla forma, la literatura colonial no produjo sino crónicas é historias políticas ó militares, en verso ó prosa, y tratados ascéticos y canónicos, llenos de enseñanzas terroríficas, de patrañas meticulosas y de milagros de cuya relación habría protestado el mismísimo San Gregorio de Taumaturgo.

Y no se piense que estos cargos generales que hacemos á la educación y enseñanza de aquellas épocas, son apasionadas declamaciones impías de los tiempos presentes, pues bastará, para formarse la idea de que en esta pintura toda exageración sería pequeña, leer las famosas palabras textuales con que el fundador del recordado *Convictorio de Santiago* de los Jesuítas daba cuenta en 1610 del objeto y marcha de este establecimiento al Superior General de la Orden. «A mi ver,—dice entre otras cosas curiosas aquel Rector,—uno de los mayores frutos y más señalados servi-

(1) En 1778, bajo el gobierno de Jáuregui, se quiso fundar una casa de comedias (teatro); pero se opuso el Obispo de Santiago don Manuel de Alday y Aspée en un documento conocido y varias veces publicado.

cios que han hecho los hijos de la Compañía á la Majestad de Nuestro Señor, es el que coge este colegio, pues de él depende el bien de toda la tierra, *en criarles sus hijos con el recogimiento como si fueran religiosos*, de que no es ligera muestra el hablar en sus conversaciones de Dios con la facilidad que si lo fueran; hacer sus mortificaciones en el refectorio; *pedir les oigan sus faltas; besar los pies; comer debajo de las mesas;* oír la lección espiritual que se les lee mientras comen; frecuentar los sacramentos; no oirse entre ellos juramentos, murmuraciones ni palabra ofensiva; no salir sino raras veces y eso sólo á casa de sus padres; y otras cosas de mucha edificación y consuelo, que, aunque he visto colegios seminarios en varias partes, ninguno hace ventaja á éste». (1)

¡Y éste era el principal establecimiento de instrucción de la época!

Por fin, después de increíbles y prolijas dificultades que ocuparon muchos años, en la tarde del sábado 11 de marzo de 1747, se instaló solemnemente la Universidad de San Felipe, con asistencia de su primer Rector, el abogado chileno don Tomás de Azúa Iturgoyen, el Cabildo, la Real Audiencia y los vecinos más caracterizados. Pero á causa de la escasez de recursos, sólo diez años más tarde, esto es, un siglo antes del primer movimiento intelectual de consideración que ha tenido Chile, pudo ésta abrir y hacer funcionar regularmente sus diez cátedras superiores de gramática latina, filosofía, legislación, teología, cánones, matemáticas y medicina, entre las cuales se dió la novedad de que varias de ellas fueron desempeñadas por seglares desde el principio, preparándose así la independencia y

(1) «Historia General de Chile» por don Diego Barros Arana, tomo IV, part. 4.ª, cap. VII, pág. 283, nota 83. «Carta anual de la provincia de Chile correspondiente al año 1810», del padre provincial Diego de Torres al General de la Compañía Claudio Aquaviva.

el progreso que después había de alcanzar aquella Universidad que, fundada bajo el nombre patronímico de San Felipe, en honor del rey Felipe V que la autorizó, ha alcanzado hoy, con el nombre de Universidad de Chile, el prestigioso y envidiable puesto que le corresponde en la historia de la instrucción americana.

Con la expulsión memorable de los jesuítas, que tuvo lugar en Chile el 26 de Agosto de 1767, ordenada por el ilustre Carlos III y su inmortal ministro el Conde de Aranda, se dió un gran paso para la secularización de la enseñanza. El ilustrado Gobernador Jáuregui abrió en Marzo de 1774 el Colegio de Indios, y el fiscal don Antonio Cerdán y Pontero abría tres años después el célebre Colegio Carolino (nacido del Convictorio de los jesuítas) y la notable Corporación jurídica *Academia Regia Carolina Chilensis*, bautizados así en honor de Carlos III, monarca generoso que, con Fernando VI, son los que más justamante empeñaron la gratitud de las Américas, por las reformas intelectuales que trataron de llevar á cabo y por el noble empeño con que echaron las bases de libertad absoluta de comercio que alcanzó bien pronto Chile. Empero, no confundamos los acontecimientos, y volvamos ordenadamente á nuestro punto de partida (1).

Como lo hemos dicho ya, el interés de la Colonia, tal como entonces se le comprendía, exigía que la juventud se dividiera siempre entre las armas y los conventos. Puede decirse que hasta 1573, fecha de la llegada de los primeros jesuítas á Chile, no había entre nosotros medio de educar siquiera á los jóvenes. Los que querían recibir alguna educación de letras, se veían obligados á ir á la Universidad

(1) Vid. sobre la instrucción y colegios de la Colonia, la notable, concienzuda y extensa monografía, que más adelante citaremos seguramente, intitulada «Historia del Desarrollo Intelectual de Chile» por don Alejandro Fuenzalida Grandón. 1 vol. 576 pág. 1903.

montada á la española que había en Lima. Pero eran pocos los que, como el hijo del malogrado mártir de la sorpresa de Purén, el celebrado poeta Oña, podían hacer esos ingentes gastos.

Penetremos, pues, en el osario intelectual de la Colonia y recordemos siquiera al vuelo y metódicamente las principales reliquias que allí ha dejado el cultivo de los tres géneros literarios únicos de la época: la poesía, la historia y la teología.

CAPITULO II

LA POESIA COLONIAL

SUMARIO.—I. Ercilla y su influencia. Santisteban, Osorio, Pedro de Oña, Alvarez de Toledo, El Purén indómito, Jufré del Aguila.—II. Poesía festiva y satírica; La Tucapelina; Fernández de Ortelano. —III. Poesía casera; el padre López y sus imitadores. — — — — — — —

I

Ercilla y su influencia. Santisteban, Osorio, Pedro de Oña, Alvarez de Toledo, El Purén Indómito, Jufré del Aguila

No hablaremos aquí de *La Araucana*, el famoso poema épico del ilustre Alonso de Ercilla, pues, aunque esta obra es chilena por su inspiración, por su tema y por haber sido compuesta entre nosotros, su reconocida importancia ha hecho sea reivindicada por las letras españolas, y ha pasado á ser una obra clásica de la literatura universal. Empero, es oportuno decir aquí que todo el modesto florecimiento poético de la Colonia se resiente y eclipsa con la importancia de Ercilla, á quien intentaron imitar muchos otros ingenios menos felices.

El más antiguo de éstos fué don Diego de Santisteban Osorio, nacido en España, que escribió en Chile una continuación de *La Araucana* de Ercilla que ha merecido unánimente el olvido de la crítica por su nulidad histórica y por su triste mediocridad artística y literaria.

En pos de éste encontramos al celebrado y erudito chileno don Pedro de Oña, hijo del valeroso capitán don Gregorio de Oña, educado holgadamente en la Universidad de Lima, que expedicionó sobre Quito y que en Chile se dedicó con ardoroso afán al cultivo de la poesía histórica, en la cual compuso muchos trabajos que, como el largo poema

épico del *Arauco domado* y el poema místico-religioso *Ignacio de Cantabria* (sobre San Ignacio de Loyola), han merecido siempre, principalmente el primero, diversos elogios de críticos é historiadores. Don Adolfo Valderrama, en su interesante *Bosquejo histórico de la poesía chilena* (1), lo coloca entre los mejores versificadores de la lengua castellana. En suma, sus poemas están compuestos con prolijidad y arte literario y con gran copia de saber histórico y mitológico; pero la inspiración y el calor poéticos, los rasgos de sentimiento ó de delicadeza descriptiva, andan en ellos bastante escasos, y por eso la lectura del *Arauco domado* se hace más pesada y más difícil á medida que se depuran el gusto y el concepto de la belleza literaria.

Oña escribió, además, *El Vasauro*, poema heroico y aún inédito, sobre don Andrés de Cabrera, superior al *Ignacio de Cantabria*, según autoridades, y adquirido recientemente por la Universidad de Chile.

Muchos elogios hacen también los señores Barros Arana y Medina de los méritos históricos y literarios que se encuentran en otro poema, hasta hoy inédito, descubierto en Madrid por el indicado señor Barros Arana, sobre las *Guerras de Arauco*, sin nombre de autor y cuyo manuscrito original perteneció á la reina doña Mariana de Austria.

Este poema,—ateniéndonos á la respetable opinión de Barros Arana—parece digno de elogioso aunque ligero recuerdo, y de las investigaciones del señor Medina se desprende que fué escrito por el valiente y letrado militar chileno don Juan de Mendoza, que vivió á fines del siglo XVI ó á principios del XVII.

Entre los imitadores que la personalidad vigorosa de Oña despertó en Chile, merece ser recordado como el más distinguido de todos el autor del *Purén indómito*, don Hernando

(1) Un volumen de 270 páginas, Imprenta Chilena, Santiago, 1866.

ılvarez de Toledo, poeta que con verdadera facilidad de ersificación, pero con pobreza de inspiración é ingenio, ızgado tal vez demasiado severamente por don Gregorio 'ictor Amunátegui, se dedicó exclusivamente á cantar las azañas militares y las inolvidables heroicidades de las ampañas del sur de Chile. Alvarez de Toledo escribió demás otro poema heroico con el título de *La Araucana*, ue no ha llegado á nosotros y que sólo conocemos por citas referencias de Ovalle y Rosales (1).

En 1630 publicaba en Lima don Melchor Jufré del Aguila n curioso y original poema narrativo, que no ha llegado ›mpleto á nosotros, en que, con el título de *Compendio 'storial del descubrimiento, conquista y guerras del reino de hile*, hizo una útil aunque poco ingeniosa relación de las ólvidables empresas del Padre Valdivia sobre las guerras ›fensivas y ofensivas con los indios.

Después de estas obras, pasa un largo período sin que se ›oduzca en Chile ningún trabajo poético de largo aliento, es necesario entrar al dominio de la prosa para encontrar gunas composiciones sueltas y versos intercalados que á ›ces alcanzan cierto mérito en la mediocre novela histó- ›a que con el título de *La Restauración de la Imperial* ›mpuso fray Juan de Barrenechea y Albis, y en la famosa extravagante relación histórica y personal de *El Cautirio Feliz*, escrita por don Francisco Núñez de Pineda y ıscuñán.

(1) El «Purén Indómito» fué descubierto en 1859 por don Diego Ba- ›s Arana y publicado por él mismo en 1861.

II

Poesía festiva y satírica; La Tucapelina; Fernández Ortelano

Entre los ligeros ensayos que la poesía satírica produjo en Chile, merece mención una ingeniosa epopeya burlesca, inédita, en que, con el título de *La Tucapelina*, y con la firma seudónima y desconocida hasta hoy de *Pancho Millaleubu*, se ridiculiza con audaz frescura al Capitán General del Reino de Chile, don Ambrosio Benavides, y á sus Tenientes don Ambrosio O'Higgins y don Domingo Tirapegui, con motivo de las grandes celebraciones que hicieron en 1783 al restaurar la iglesia y la misión de Tucapel.

Superior á esta obra y la más notable de todas las de este género en la época colonial, es un célebre poema burlesco de costumbres que compuso á fines del siglo pasado don Manuel Fernández Ortelano, con el largo y curioso título de *Ensalada poética joco-seria, en que se refiere el nacimiento, crianza y principales hechos del célebre don Plácido Arteta, compuesta por un íntimo amigo suyo, tan ignorante de las cosas del Parnaso, que jamás ha subido este monte y aun apenas llegó alguna vez á sus faldas.*

Hay en esta obra rasgos felices de verdadero humorismo, que si no alcanzan á ser ni precursores remotos del humo-

rismo contemporáneo, son, sin embargo, dignos de mayor recuerdo que el que hoy se les prodiga y de menor olvido que el que han alcanzado de la posteridad en los empolvados rincones de nuestra Biblioteca Nacional.

ꝏ ꝏ ꝏ

III

Poesía casera: El Padre López y sus imitadores

Fuera de estos trabajos, no alcanzó la Musa colonial de Chile mejores manifestaciones, y vivió, hasta la época de la Independencia, en un silencio y recogimiento que sólo se interrumpió de cuando en cuando para desahogar satírica y poéticamente las rencillas, rencores y rivalidades conventuales de dominicanos con jesuítas, que han sido inmortalizadas en la memoria de nuestro pueblo por las famosas improvisaciones y notables epigramas del célebre Padre López, á quien se le ha llegado á bautizar con el nombre de Quevedo chileno, y de las cuales se encuentra testimonio y huella en los ya olvidados versos del Padre Escudero, de don Lorenzo Mujica, de don Jerónimo Hurtado de Mendoza, de don Antonio Campusano y de otros menos conocidos aún (1). Estos trabajos no alcanzan á merecer los honores de ser considerados ni siquiera como tentativa de poesía popular ni de poesía mística.

Algunos sucesos públicos, materiales, religiosos ó místicos, despertaron también una que otra vez el pesado sueño de aquellas Musas para cantar pobre y lánguidamente

(1) También escribieron versos en la Colonia dos poetisas, hermanas del chispeante Padre López y del valiente y agudísimo don Lorenzo de Mujica. Pero esas poesías no han llegado á nosotros. (Vid. el citado libro de don Adolfo Valderrama, pág. 69).

La Muerte del Obispo Alday, La Visión de Petorca, La Avenida del Mapocho de 1783, las visitas obispales de las diócesis, la muerte ó el elogio de alguna persona distinguida, algunas sentencias y aforismos ocasionales de moral, las conocidas coplas populares con que el pueblo ha cantado y bailado siempre, el torneo famoso de *palladores* entre el indio Taguá y don Javier de la Rosa, y algún desahogo místico de almas tan apasionadamente religiosas como la del olvidado poeta chileno Fray Manuel de Oteiza, autor de aquella obra que lleva el título breve é inaudito de *Dibujo de una alma que puesta en los crisoles purgativos camina por la muerte mística á la unión pasiva con Jesucristo, trabajo de un contemptible sacerdote para luz de las almas que S. M. pusiere en esta felicidad. Año de* 1798.

CAPITULO III

LA HISTORIA DURANTE LA COLONIA

SUMARIO.—I. Cristóbal de Molina, Pedro Valdivia, Góngora Marmolejo, Mariño de Lobera.—II. Otros cronistas menores. Sotelo Romay, la Monja-Alférez, Tribaldos de Toledo.—III. El Padre Alonso de Ovalle; J. de Quiroga.—IV. El Padre Rosales.—V. Enumeración de Cronistas oficiales y Narradores de sucesos particulares secundarios. El Padre Olivares. Suárez de Vidaurre. Pérez de García. Carvallo y Goyeneche.—VI. El Abate Molina. — — — — — — —

I

Cristóbal de Molina. Pedro Valdivia. Góngora Marmolejo. Mariño de Lobera

Como se ve, nada hay en la Poesía colonial chilena que merezca, en un bosquejo tan breve como el presente, detenimiento especial ni estudio más profundo y grato. Veremos ahora que en el género de la Historia, que mejor podría llamarse Crónica, acontece casi lo propio, bien que el número de nombres es mayor, puesto que los mismos intereses oficiales de la Colonia exigían ese afanoso esmero por dejar consignadas en libros ó memoriales las historias, biografías y hazañas más notables de la época.

El vestigio más antiguo, digno de mención, que encontramos entre los historiadores coloniales, es el del clérigo don Cristóbal de Molina, que escribió á mediados del siglo XVI su *Conquista y población del Perú*, donde se refiere la primera expedición de los españoles á Chile, y del cual dice el señor Medina, «que es documento importante que aventajados historiadores han explotado más tarde.... escrito con arte tal, que atrae sin esfuerzo.... y uno de los trabajos más acabados por su estilo que se conservan de una época en que tan desaliñados se escribieron (1).»

(1) Vid. tomo II, part. II, pág. 8 de la citada obra de don José Toribio Medina.

Encontramos después la personalidad tan conocida como heroica del ilustre fundador de Santiago, don Pedro Valdivia, que, si figura, como capitán, el primero, no queda el último como escritor, pues le acreditan de narrador elegante y sencillo, enérgico y noble, franco y verídico, las *Cartas* que dirigía al Rey de España y en las cuales refería punto por punto sus empresas, sus conquistas y los acontecimientos que le rodeaban.

Pero el escritor más notable que en aquella época tan desfavorable escribía en Chile, era el cronista y compañero de Valdivia, don Alonso de Góngora Marmolejo, autor de la *Historia del Reino de Chile*, libro escaso en arte y mérito propiamente literario y que demuestra bastante ignorancia en la cronología, pero que, en cambio, es abundante y concienzudo en todas las proligidades de las campañas militares, es siempre verídico y serio, y, en opinión del ilustre Barros Arana, es además notable por la templada imparcialidad y la elevación desapasionada de sus juicios (1).

Completa esta obra la *Crónica*, rehecha posteriormente, del gallego don Pedro Mariño de Lobera, que, escrita con originalidad enérgica y ruda, se extiende hasta el último decenio del siglo XVI y ha sido de importante utilidad para los historiadores de la expedición del adelantado don Diego de Almagro.

---

(1) Vid. «Historia General de Chile», tomo II, part. III, cap. V, página 437 (nota).

II

Otros cronistas menores. Sotelo Romay. La Monja Alférez. Tribaldos de Toledo

Merecieron alabanzas de los escritores de esta época algunas otras obras sobre historia de Chile que no han llegado á nosotros, y que se supone fueron escritas por el coronel don Juan Ruíz de León, don Pedro Ugarte de la Hermosa y el doctor don Antonio de León.

Perdida también para nosotros, pero más seguramente conocida por las frecuentes citas y elogios del Padre Diego Rosales, es la *Historia de Chile* que escribió el sargento mayor don Domingo Sotelo Romay, «soldado de obligaciones y curioso en apuntar lo que iba sucediendo en la guerra con grande verdad y puntualidades y á cuyos papeles, según dice el citado P. Rosales (1), «se debe mucho crédito por ser de un hombre de mucha virtud, sinceridad y cuidado». La obra de Sotelo Romay fué hecha desaparecer, según parece ya probado, por los jesuítas, á quiénes no convenían la proligidad de investigaciones y la independencia de criterio, características en este escritor á juicio de sus contemporáneos.

En esta época apareció la conocida Monja-Alférez, doña Catalina de Erauzo, sobre cuyas aventuras y trabajos tanto

(1) «Historia General del Reino de Chile», tomo II, pág. 668.

se ha escrito. No consideraremos en este punto las curiosas Memorias autobiográficas que corren con su nombre, porque las últimas investigaciones bibliográficas parecen dejar fuera de duda que esta obra es una superchería literaria que, si es interesante por la escabrosa originalidad de sus relaciones, carece de prestigio histórico, por la poca seriedad y solidez que en ella se notan.

Don Luis Tribaldos de Toledo, sucesor de Herrera en el alto cargo de Cronista de la India, recibió orden especial de la Corte de España para escribir y explicar la prolongada lucha de las armas españolas con los indígenas de Chile. Hija de tal encargo fué la obra de este autor, que ha llegado á nosotros algo mutilada y con el nombre de *Vista general de las continuadas guerras, difícil conquista del gran Reino, provincias de Chile* (1625). Este autor, prologuista y editor de la clásica obra de don Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra contra los moriscos de Granada*, que mereció el elogio de Lopez de Vega en el *Laurel de Apolo* y el cargo de preceptor de los condes de Villamedina, no tuvo el mismo éxito en su citado libro, pues la posteridad lo ha colocado entre los últimos en la materia por la estrechez de su plan, la flojedad de sus descripciones y la pesadez monótona de su estilo, que sólo se anima algo en la interesante relación de las empresas heroicas del Padre Luis de Valdivia.

III

El Padre Alonso de Ovalle. J. de Quiroga

En pos de esta obra mediocre apareció la más acabada y notable de cuantas produjo en la Colonia la pluma chilena: la con razón hasta hoy aplaudida *Histórica relación del Reino de Chile*, por el ilustre jesuíta Alonso de Ovalle, nacido en Santiago de Chile, en 1601, célebre por su mansedumbre y virtud personal, y cuya obra ha merecido ser considerada y citada desde la primera edición del *Diccionario de la Rea Academia Española* hasta el insigne *Diccionario de solecismos* de Baralt, entre las más respetables autoridades clásicas de la lengua.

Es éste el libro de mayor arte y elegancia literarios quel nos ha legado la Colonia, y sería seguramente un gran libro de la literatura española y de la historia chilena, si el virtuoso candor y la excesiva sencillez de su autor no le hubieran hecho consignar en su obra muchas supersticiosas tonterías y ligerezas de apreciación, impropias de un libro de aquella importancia.

A pesar de esto, la obra literaria del Padre Ovalle se conserva y se conservará siempre en alto puesto, cualesquiera que sean los defectos de su fondo y de su plan, gracias á la pulida y elegante perfección gastada en el vaso perdurable de su forma.

Apreciable también por la independencia de sus juicios y por el justiciero calor de sus relaciones, es la figura histórica y literaria de don Jerónimo de Quiroga, cuya obra no ha llegado completa á nosotros, bien que ha sido muy aprovechada por los historiadores posteriores á su autor

IV

El Padre Rosales

Después de haber colocado en la altura literaria que merece al Padre Ovalle, hay que apresurarse á poner á su lado y más alto que él mismo, bajo el punto de vista del interés y la seriedad históricos, al ilustre jesuíta Diego de Rosales, autor de la vasta y notabilísima *Historia General del Reino de Chile*, librada del infinito abismo de lo inédito por don Benjamín Vicuña Mackenna, que la publicó en 1878 con el lujo y esmero que merecía.

La vida del Padre Rosales ha sido casi enteramente ignorada, á pesar de los afanes de muchos investigadores, hasta estos días en que escribo y en los cuales alcanzan la fortuna de hacer luz histórica completa sobre ella el conocido y reputado historiador peruano don Enrique Torres Saldamando y el distinguido joven bibliógrafo chileno don José M. Frontaura y Arana.

Esta obra, que, según cree don José Toribio Medina, contiene pocos hechos para el interés general de nuestra historia, es indisputablemente el arsenal más copioso y más serio para conocer los primeros pasos de nuestra civilización y contiene las primicias, luminosas para entonces, aunque para hoy deficientes, de los primeros estudios científicos de nuestro suelo, de las primeras clasificaciones or-

denadas de nuestra producción y las primeras y más preciosas observaciones sobre el origen y costumbres de los indígenas de Chile.

Agréguese á esto que el entendimiento claro y la vasta copia de saber del Padre Rosales, le permitían escribir en un estilo sencillo, elegante y metódico, y se comprenderá cómo el clásico y severo hablista don Vicente Salvá encuentra su estilo «perspícuo, majestuoso, animado y sobre todo tan puro en la dicción, que lleva en esta parte grandes ventajas á Solís (1).»

No quedó por cierto á la altura de esta obra la segunda que escribió Rosales sobre las vidas de los jesuítas chilenos, con el título de *Conquista espiritual de Chile*, en la cual ni el tema, ni la investigación, ni el estilo siquiera, parecen del propio autor de los diez libros de la *Historia General del Reino de Chile*.

---

(1) Vid, obra citada de Medina, tomo II, pág. 284.

V

Enumeración de cronistas oficiales y narradores de sucesos particulares secundarios. El Padre Olivares. Suárez de Vidaurre. Peréz de García. Carvallo Goyeneche.

Pertinente es aquí consagrar á muchos trabajos históricos que se escribían por aquellas tiempos, sobre hechos, personas y cosas particulares, el recuerdo de enumerar siquiera á sus autores, á fin de atestiguar con su número el grado proporcional de vitalidad que alcanzara dicho género durante el período colonial, ya que las dimensiones de este trabajo y también la poca importancia de lo que escribieron los autores que vamos á recordar, son excusa suficiente para que nos limitemos á enumerarlos.

El interés político ó personal de los Gobernadores del reino de Chile, hizo que los principales de ellos se procuraran y obtuvieran escritores, de plumas más ó menos cultas, que publicaban la historia de la respectiva administración, la adecuada biografía del personaje ó la apología del principal suceso ó campaña en que aquel tomara parte.

De aquí también la consiguiente pasión é injusticia que en muchos de esos libros se encuentran y su lógica falta de valor histórico definitivo.

Con todo, y á pesar de lo ambiguo de este género literario, merecen salvarse del olvido con que la posteridad ha

castigado á muchos de sus cultivadores, los nombres de don Cristóbal Suárez de Figueroa, que historió con cierto brillo la administración de don García Hurtado de Mendoza; de don Francisco Caro de Torres que, con no poco éxito escribió la *Relación de los servicios de don Alonso Sotomayor;* de don Santiago de Tesillo, que publicó sendos y apasionados trabajos sobre don Francisco Lazo de la Vega y don Francisco Meneses; de Fray Juan de Jesús María, apologista decidido de don Tomás Marín de Poveda; de la ya recordada doña Catalina de Erauzo, de quien hemos leído una *Autobiografía* que, aunque apócrifa sin duda, no es indigna de lectura atenta y de cierta consideración literaria; de los jesuítas Pastor. Olivares, Bel, Cevallos, Ferrufino, Caldera, Rivadeneira, Sobrino y otros mucho menos hábiles, que escribieron y publicaron sendas Vidas y Biografías de jesuítas célebres, ó de frailes, monjas y conventos famosos; y por fin, de los historiógrafos de los principales sucesos particulares de la colonia, que se llamaron con nombres tan poco recordados hoy, como Pedro Cortés, Miguel de Aguirre, Pedro Usanso Martínez, Juan de Ojeda, Pedro González de Agüero, Flores de León, Eguía y Lumbe, Cortés Monroy, Laso de la Vega, Avendaño, Santa, Recabarren, Pietas, González Chaparro, Carrillo de Ojeda, Concha, Vascones, Eraso, Sosa, Villarreal, Ortega y otros cuyos nombres no han sido recogidos ni por la erudita y benévola proligidad de don José Toribio Medina, de cuya importante obra tomamos muchos de los datos para la presente reseña.

Lugar de moderado elogio y de apreciable aplauso han conseguido de la posteridad los eruditos trabajos históricos de don José Basilio de Rojas y Fuentes, de don Pedro de Córdoba y Figueroa y principalmente del jesuíta don Miguel de Olivares, que, á más de una laboriosa y parcialísima

Hitoria de los jesuitas, escribió la *Historia militar, civil y sagrada del Reino de Chile*, obras que no han merecido á la posteridad tanto entusiasmo como les prodigan los contemporáneos del autor, pero que son fuentes claras y no exentas de cierta elegancia literaria, en donde han bebido el buscado bien de la verdad nuestros mejores historiadores.

Antes de llegar á los notables y gloriosos trabajos del ilustre abate Molina, debemos mencionar, con modesto pero serio aplauso, á los tres últimos historiadores que tuvo el largo período de la Colonia, y que fueron el erudito jesuíta don Felipe Suárez de Vidaurre, el leal caballero, honradísimo comerciante é independiente crítico de historia don José Pérez de García y el apasionado rival de don Ambrosio O'Higgins, don Vicente Carvallo y Goyeneche, autores todos de importantes y prolijos trabajos sobre Historia del Reino de Chile.

VI

El Abate Molina

Tócanos, por fin, hablar del célebre chileno jesuíta don Juan Ignacio Molina (nacido el 24 de junio de 1737 y muerto el 12 de Septiembre de 1829) cuyos grandes trabajos, escritos en italiano, fueron después traducidos por él mismo al español y debe, por ende, considerárseles dentro de las letras chilenas, las cuales, por su parte, han galardonado con alta justicia al ilustre sabio, guardando cuidadosamente en mármol sus cenizas y estampando en el perdurable bronce de una estatua popular la figura austera de aquel modesto y virtuoso varón.

La obra de Molina es más propiamente científica que histórica; pero no haremos aquí división alguna, ya que las ciencias no tuvieron en toda la época colonial otro cultivador que merezca capítulo distinto del que se consagra al célebre chileno, cuyo busto en mármol ha merecido ser colocado por la agradecida ciudad de Bolonia entre los de los sabios ilustres del Instituto Pontificio, y cuyas obras fueron publicadas póstumamente por el cariño de sus discípulos de Bolonia.

Las más notables de éstas son el *Compendio della Storia geografica, naturale e civile del regno del Chili*, el *Saggio sulla*

storia naturale del Chili y el *Saggio sulla storia civile del Chili*, obras en que, si no se encuentra la elegancia clásica de la forma que distinguió al Padre Ovalle, ni la prolijidad extremada y fatigosa del Padre Rosales, en cambio, ofrecen, sobre todas las demás producciones de la Colonia, una admirable concisión científica, un vasto poder ordenador y sintético, una independencia de criterio avanzadísima para la época (1787) y para la condición religiosa en que escribió su autor, y por fin, y en una palabra, una superioridad filosófica incontestable y brillante, que nadie antes que él había aplicado á los estudios históricos de Chile.

Fué el Abate Molina el primero entre nosotros que dió á la observación científica y á los hechos consumados esa grande importancia inductiva con que los grandes historiadores modernos, discípulos de Bacón y de Vico, reconstituyen la historia del pensamiento humano y del desenvolvimiento de las civilizaciones.

En Molina se encuentran observaciones tan avanzadas para el siglo pasado, como ésta, que por sí sola bastaría para hacer admirar la seguridad científica y la independencia intelectual del autor: «Confesemos, dice Molina, que todas las naciones, sean americanas, europeas ó asiáticas, han sido semejantísimas en el estado salvaje, del cual ninguna ha tenido el privilejio de eximirse». En esta sola observación se dibuja ya, á través de cien años, el luminoso germen de las grandes doctrinas que ha demostrado la antropología contemporáne,a que son base de la sociología actual y que son tan poco conformes el antiguo dogma del origen unitario de la especie humana.

Gloria y no poca merece, pues, el modesto sabio que, junto con estudiar y clasificar con tan vasta ciencia nuestras formaciones geológicas, nuestras producciones minerales y botánicas, nuestra flora, nuestra fauna y nuestra

historia, supo no ahogarse, como las inteligencias medianas, en el mar de tanta observación concreta, sino que sacudió sus alas para inducir de todo aquello la síntesis filosófica de la verdadera historia.

CAPITULO IV

—

LA TEOLOGIA EN LA COLONIA

SUMARIO.—I. El Obispo Lizarraga. Fray Jorquera. Gaspar de Villarroel. Pedro de Torres. Alonso Briceño. Marín de Poveda, etc.—II. Sebastián Díaz. Manuel Lacunza. — — —

I

El Obispo Lizarraga. Fray Jorquera. Gaspar de Villarroel. Pedro de Torres. Alonso Briceño. Marín de Poveda, etc.

Después de la Poesía y de la Historia, el género literario que alcanzó cultivo menos pobre en la Colonia fué el género indigesto y al parecer abandonado ya definitivamente en el panteón de la historia del pensamiento, de la Teología, de los Comentarios y Escolios á los Cánonesy las narraciones religiosas de carácter mitológico y propagandista.

De estas obras se escribieron muchas y muy pesadas, en latín bárbaro las más y en mal castellano casi todas las otras.

En obsequio del poco ó ningún interés que este género tiene hoy, procuraremos ser respecto de él todavía más breves, si cabe, que con los precedentes.

Naturalmente, los que sobresalieron en esta clase de trabajos fueron casi siempre los respectivos Obispos de las diócesis, los superiores de los conventos y casas religiosas.

Los más notables que se nos presentan en los siglos XVI y XVII, son el Obispo de la Imperial fray Reginaldo de Lizarraga; fray Luis Jerónimo de Oré, Obispo también de Chile; fray Jacinto Jorquera y fray Gaspar del Villarroel, también Obispos, autores todos de extensas y numerosas obras algunas con carácter histórico, pero casi todas teoló-

gicas y cansadísimas, inclusive la más notable de éstas, que fué el entonces muy celebrado libro del citado Obispo Villarroel titulado: *Gobierno eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos*, formidable tratado de derecho eclesiástico y americano en que, con inteligencia notable y con erudición canónica exuberante, se estudia la unión del Estado y de la Iglesia.

El Padre Pedro de Torres alcanzó también un curioso prestigio de escritor místico con un erudito y vasto trabajo sobre las *Excelencias de San José*, y el franciscano santiagueño don Alonso Briceño produjo gruesos volúmenes comentando mal á Juan Duns Scott, el célebre *Doctor Sutil*.

Entre la falange numerosísima de personas que cultivaron estos géneros, apenas si merecen alguna recordación especial, fuera del ilustre Lacunza y del célebre fray Sebastián Díaz, algunos que, como García, Antomás, Tula Bazán, Cepeda y Fuenzalida, se dedicaron especialmente, y con ahinco digno de mejor causa, al cultivo de la mística imaginativa ó milagrosa y otros que, como don Bartolomé Marín de Poveda, fray Antonio Aguiar, don Domingo Marín, el padre Parra y el franciscano fray Francisco Javier Ramírez, se consagraron con menos inútil objeto á escribir grandes historias eclesiásticas de las respectivas órdenes religiosas que funcionaban en Chile durante la Colonia.

II

Sebastián Díaz. Manuel Lacunza

Merece aquí especial y honrosa recordación la originalísima obra del Prior de los Recoletos Dominicanos fray Sebastián Díaz, contemporáneo de Molina y de Lacunza, intitulada: *Idea general de las cosas del mundo por el orden de su colocación*, famoso libro en que, con poca facilidad de estilo pero con mucha aunque inconexa y mal digerida lectura, se barajan en extravagante confusión algunas ideas claras y ciertas de ciencia con muchas supersticiones teológicas y grandes leyendas religiosas.

Cierra este género durante el período de la Colonia su más notable y original nombre, el del padre jesuíta Manuel Lacunza (nacido en Santiago en 1731, muerto en Imola en 1801), cuya obra, *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, publicada con el seudónimo rabínico de Ben-Josaphat Ben-Ezra, ha promovido tan graves escándalos y discusiones teológicas y científicas, que la Curia Romana hubo de premiar piadosamente los trabajos del jesuíta chileno incluyendo su libro en el *Indice* de los prohibidos (1822).

La obra de Lacunza es, en su género, la más original y más erudita de nuestra literatura colonial. Con razón movió tan largo debate entre los escritores teológicos católicos, que no podían mirar impasibles que se tratara de

probar con la misma Biblia y los Evangelios que el Mesías debía venir por segunda vez á la tierra.

Esta teoría del jesuíta chileno, que en el fondo vino á resucitar la antigua doctrina de los *milenarios* está sostenida con ingenio agudísimo, con elocuencia elegante y con erudiccion asombrosa.

Hablando de esta obra, sintetiza el señor Barros Arana brevemente sus estudios acerca de ella diciendo que «si bien es el parto de una imaginación enfermiza, revela un gran trabajo y un gran saber».

CAPITULO V

Pobreza de los demás géneros literarios. Recuerdo de los principales latinistas, filólogos, jurisconsultos, oradores y narradores de viajes y aventuras. — — — —

SUMARIO.—Alonso Briceño, Núñez Castaño. Machado de Alvarez, Luis de Valdivia, Carrillo de Ojeda, etc., etc.

Pobreza de los demás géneros literarios. Recuerdo de los latinistas, filólogos, jurisconsultos, oradores y narradores de viajes y aventuras.

Como se ve, este último género apenas si da materia para capítulo y clasificación apartes. A la falta de ideales filosóficos ó artísticos de aquella época, y á las circunstancias recordadas antes, de las condiciones políticas en que vivía la Colonia, se vino á juntar en todo el siglo XVIII la gran decadencia general que abatía entonces á las letras españolas y de la cual hubo de resentirse también y lógicamente la Colonia chilena, que á la distancia y aunque de tarde en tarde, y muy pálida y flojamente, había reflejado siempre las oscilaciones intelectuales del espíritu español y de su manifestación peninsular.

Estas circunstancias, que explican la inopia de los géneros recorridos bibliográficamente á la ligera, explican también que de los demás géneros literarios apenas si pueda encontrarse débil vestigio de que hubo á veces quienes los cultivaran.

Así, sin hacer mención de los trabajos en latín bárbaro, en prosa y verso, de teología ó crónica que escribieron en la época de la Colonia el ya recordado fray Alonso Briceño, el presbítero Núñez Castaño, el comentador aristotélico padre Miguel de Ureta, el profesor de filosofía Guanguerico Río, el mercedario Juan Sorozábal, el jesuíta Agustín Nar-

varte, el profesor del Colegio Carolino don José Francisco de Echaurren, los jesuítas José Rodríguez, Manuel Ovalle, Juan del Arbol, los religiosos fray Luciano Sotomayor, fray Javier de Puga, padre Pedro Rodríguez, Fernández Heredia y el padre Miguel de Viñas (1709) que fué afanadísimo en su tiempo y el más notable de los nombrados, autores todos de sendos trabajos, teológicos la mayor parte, escritos en el latín bárbaro de los comentadores escolásticos; sin mencionar, decimos, los grandes trabajos de los nombrados y otros muchos que junto con aquellos se han cubierto definitivamente con el pesado polvo del más completo olvido, hallamos en esa gran laguna de años uno que otro jurisconsulto que, como Machado de Alvarez, Escalona Agüero, Corral Calvo de la Torre, Solórzano y Velasco, Calderón y García de Huidobro, llamaron la atención vivamente en el foro por su erudición jurídica y excitaron los aplausos de sus contemporáneos con algunos pesados trabajos de Derecho antiguo.

Encontramos también algunos jesuítas verdaderamente eruditos en filología, que, como el padre Luis de Valdivia, el padre Andrés Febres, Pedro Nolasco Garrote, Havestadt y Vega, estudiaron á fondo las lenguas araucanas y quichua y compusieron sendas gramáticas para el uso de los misioneros y regulares, trabajos lingüísticos que algo han servido en los transcendentales progresos realizados últimamente por esta ciencia especial.

No escasean tampoco, en el grado que sería presumible, algunos oradores que, como los Carrillos de Ojeda, Ferreira, Aguilera, Lillo y La Barrera, Jáuregui, Viñas, Manuel de Vargas, Espiñeira, Alday, Cano, Cerdán y Lastarria, obtuvieron entre sus contemporáneos triunfos oratorios, de los cuales ha alcanzado la posteridad á recoger apenas la simple constancia de que casi todos ellos fueron obtenidos en

ese campo oratorio sin calor y sin contricante que se llama «el púlpito».

Con efecto, la monotonía de la vida colonial, sin Parlamentos, sin Congresos, sin comicios, sin asambleas y sin ateneos, no dejaba campo para los brillantes y seductores torneos de la palabra, y la espada de la elocuencia no pudo, pues, ser desenvainada,—extraño contraste del régimen monacal absolutista,—sino por los ejércitos de denodados frailes predicadores que inundaban los dominios españoles y por los poquísimos abogados y magistrados que entonces ceñían la toga.

No es raro, por fin, encontrar en la Colonia algunos libros de cierto mérito descriptivo, á más del histórico, que no llenarían una clasificación especial y que, como los de Martínez, Pinuer, Delgado, Urejuela, Madariaga y Sota, Bueno, Ojeda, Rivera, Fernández, Campino, don Luis y don Nicolás de la Cruz, Menéndez, Alday, don Manuel de Amat y Junient, Gocueta, Vea, Veedor, Cerdeña y don Tomás O'Higgins, don José Moraleda y Montero, González Agüero don Pedro Mancilla, fray José García, son otros tantos libros de viajes, narraciones de aventuras, relatos de peripecias, descripciones de lugares, parajes, islas, diarios de peregrinación, y hasta á veces, como en el libro del último de los nombrados, el jesuíta fray José García, se encuentran en ellos estudios, descripciones, cartas geográficas y derroteros científicos que han prestado y prestan aún algunos servicios á la geografía, la hidrografía y la cartografía modernas.

Empero, estos trabajos, por más transcendentales y amenos que algunos de ellos sean, no pueden ni deben ser, dentro del plan de este trabajo, considerados especialmente como producciones espontáneas ú originales del espíritu chileno, sino que deben más bien juzgarse simples

manifestaciones, consecuencias, ecos y casi diríamos simples publicaciones ó noticias de los grandes y extraordinarios progresos con que sucesivamente fueron impulsando las referidas ciencias geográficas los pasmosos viajes y los arriesgados descubrimientos que en nuestras accidentadas largas costas hicieron esos ilustres emprendedores y heroicos genios de la navegación que se llaman Jorge Juan Antonio de Ulloa, Machado y Moraleda, Ruiz y Pavía Byron, Wallis, Carteret, Cook, Lapeyrouse, Vancouver, Malaspina, Bougainville, y tantos otros valientes y abnegados viajeros cuyos nombres serán cantados eternamente por el rumor de las olas de todos los mares que rodean á los continentes civilizados.